

claudio, beto y mónica

El calor. El calor en una habitación tan fría. Venía de sus propias mejillas. El sudor de su rostro deslizándose poco a poco. Siempre se acostumbraron a vivir en una zona húmeda. El bochorno era algo a lo que habituarse. Y ahora se sentía insoportable. Se preocupaba de que sus axilas no emitieran demasiada peste. Se notaba su corazón y su respiración nerviosas. Su hermano mayor, al otro lado de la sala. Riendo. Riendo genuinamente. A pesar que de vez en cuando alcanzaba a escuchar como se inhalaba las lágrimas. Nada de eso se podía tocar. Era lo más sagrado que había en su vida. En la de toda esa familia, en realidad. A Mónica se le ocurrió alguna vez decirle a su hermano, Claudio, un chiste sobre Beto. Y el no reaccionó nada bien. Se molestó de inmediato. Pinche morra pendeja, le dijo. Reaccionó tan agresivo y de la nada que no tuvo el tacto de si quiera decirlo sin que el padre de ambos estuviera presente. Don Mateo lo reprimió gravemente. Pero Claudio solo se quedó callado mientras le torció los ojos a su hermana. Y eso que no fue una falta de respeto. Y eso que fue solo contar un chiste con respecto a como él era. Era evidente que la herida estaba abierta, y era sagrada. Era intocable. Pinche morra pendeja. Si eso fue lo que le dijo con un chiste tan inofensivo, no se quería imaginar si se entera ahora. No podía detenerse. No podía parar las lágrimas. Solo batallaba para hacerlo todo callado. En voz baja. Que no suene a nada, o casi nada. Pero su propio cuerpo se levanta sin ella quererlo. Es una voluntad más allá de la suya. Sabía que podía notarlo, a pesar de que el sillón en el que Claudio se sentaba estaba dándole la espalda a su hermana menor. Se puede ver en el reflejo. Y puede notar su lenguaje corporal. Lo dice todo sin decir nada. En ese momento se encuentran a solas. En ese momento ambos sus padres salieron a llevar a su hermanito menor al circo. Y no regresarían hasta más tarde. No había forma de contactarlos. Era uno de esos momentos de privacidad entre los dos que Claudio tanto odiaba. Odiaba casi todo lo que había en su familia. Odiaba a su hermana, más que nadie. Odiaba que a su hermana no le costaba nada hacerlo todo bien. No le costaba trabajo la escuela, sacar las mejores calificaciones. No le costaba trabajo hacer orgullosos a sus padres. No le costaba trabajo ser la favorita de papá. Según Claudio, lo peor de Mónica era lo perfecta que era. Y todavía la maldita se dignaba a quejarse. A hablar como si tuviera problemas. Ella no sabe lo que es tener problemas, pensaba Claudio. Problemas es que no puedas estar de buenas en tu puta casa. Problemas es que te cueste horrores salir en el cuadro de honor para hacer sentir orgulloso a tu papá. Problemas es tener un hermano menor varón al cual te prometiste ayudar y proteger, para que él no tenga que pasar por la misma mierda, nada más para que la perra de tu hermana venga y lo consienta como una idiota. Y claro que Gustavito va a preferir estar con ella. Ella siempre le da todo lo que quiere. Ella siempre le habla bonito y lo lleva a pasear. Yo lo llevaría a pasear, pero no me dan los permisos que a ella. A ella le dejan hacer lo que quiera, pensaba Claudio. Beto era la única persona en su vida en la que podía hablar de esto. No tenía más amigos. Por lo menos no en los que confiar de esa manera. Sus amigos no eran amigos de verdad. Eran compañeros de escuela, más que nada. A veces quiso hacer amigas, pero terminaban llevándose mejor con Mónica que con Él. Pero Beto era distinto. Beto era tan energético. Se sentía lo más cercano a un mejor amigo. Y era mucho más que eso. Era alguien que de verdad admiraba. Y se llevaba bien con todos. Todos en esa casa amaban a Beto, y era el pegamento que de repente los unía a todos. Era una bendición. Claudio no sabía quien chingados era ese wey, solo lo vio sentado en el comedor de su casa un día, llegando del turno de la tarde en la preparatoria. Mónica, iba en las mañanas, así que por supuesto que Don Mateo y ella pasaban más tiempo juntos. Sabía que pasarían más tiempo juntos aún si Claudio estuviera más disponible. Lo cierto es que esa noche Claudio se iba a ir a su cama a llorar, enojado. Del hecho que su padre ni si quiera lo invitó a salir de clases para ir a verlo en la presentación de su libro, en la feria del libro de la ciudad. La respuesta siempre sería que las clases van primero, pero por dentro se sentía convencido de que si fuera el caso de sacar a su hermanita de clases, lo haría sin dudar. Sin embargo, los sentimientos y ganas de llorar no terminaron

de gestarse. De hecho, encontrarían una pausa por bastante tiempo. Ahora había un muchacho en la casa. Nunca lo había visto en su vida. Debía ser por lo menos 8 años mayor a él. Su ropa se veía sucia y descuidada, pero su personalidad -y sobre todo, carisma- brillaban de verdad. Resulta que, de haber estado en esa presentación del libro, se hubiera percatado de este ejemplar muchacho. Ya que él hizo la pregunta más interesante entre todo el público. Lo cual agradeció profundamente Don Mateo. Se atrevió a hacer una pregunta que de verdad no se esperaba, ni casi nadie de los presentes. Le preguntó sobre los casos de acoso hacia las alumnas por parte de los profesores. Interrogó con respecto a como esto violentaba directamente al derecho de las mujeres a obtener una educación. Mónica sintió que, por algún motivo, este completo desconocido sabría sobre lo que a ella le sucedió. Don Mateo analizó la pregunta por unos momentos, y después respondió a satisfacción de los oídos de Beto. Una respuesta que era el inicio de una profunda conversación. El tema central del libro, era una recopilación de derechos del estudiante en la constitución mexicana. Un tema bastante novedoso, pero muy relevante para la época. 1990. Tiempo de muchos movimientos estudiantiles. El dos de Octubre ya era una tradición estudiantil, y Don Mateo era muy educado en el tema. Él no tuvo la vida de estudiante que la mayoría de jóvenes si vivió, sin embargo, siempre fue un miembro de la clase trabajadora. Para cuando consiguió una plaza -por la cual batalló años- como maestro de universidad, ya había aplicado muchos de sus conocimientos y aprendizajes de jóvenes revolucionarios en los ambientes de trabajo en los que laboraba de día para estudiar de noche. Lo cual le causó su despido. Desde ahí, no se animó a seguir con ese entusiasmo revolucionario. Pero su empatía siempre fue muy grande. Podía notar en la pregunta y articulación de Beto que era un joven muy brillante. Que entendía esos temas con gran profundidad. Así como comprendía la intención detrás del texto de Don Mateo. Atinaba a ver a un muchacho letrado, simpático, y con mucha ambición. Para la sección final de la presentación, Mónica ya se había acercado a hablar con él. En ese entonces ella era todavía más joven. Alrededor de los 13 años. Estando en su pubertad. Lo cierto es que Mónica se desarrolló más rápido que el resto de sus compañeras. Era más alta y voluptuosa. Y todo el mundo la hacía sentir resentimiento por estos cambios. Ella no deseaba los pechos que tenía. En una ocasión consultó con el médico que su padre la llevaba regularmente (para guiarla a través de sus cambios) para saber si era posible removerse los pechos. A lo cuál él simplemente rio y le dijo que con el tiempo cambiaría de opinión. Esto nunca le sentó gracia. Sus amigas en la escuela empezaban a tratarla distinto. Las niñas con las que no se llevaba, empezaban a esparcir rumores en toda la escuela de lo puta que ella era. Dichos rumores se lo creían los varones de la escuela, los cuales no dejaban de acosarla y hacer comentarios asquerosos hacia ella. Cada vez que le dejaban una nota o carta en su mochila, sabía que era un vato asqueroso queriéndole hablar de lo mucho que querían tocarla y como fantaseaban a detalle lo que querían hacer con ella y su cuerpo. Uno de ellos terminó siendo expulsado de la escuela, no solo por la carta, si no por su historial de intimidar a sus compañeras (lo que no era raro para la época, el problema es que incluso las maestras empezaron a recibir cartas de él). Tuvieron que cambiarla de escuela, lo cual causó un dolor profundo en su vida. Se volvió más reservada. Ocultaba su cuerpo lo más que podía. Su humor empezó a cambiar. Se enojaba más seguido, raro viniendo de ella. Esto es lo que Claudio no entendía. Se le hacía tan absurdo como una niña tan perfecta y con todo lo que quiere en la vida, podía llegar a quejarse de su maldita situación. Como si su situación fuera verdaderamente algo a lo cual quejarse. A los ojos de él, su hermana era una niña mimada y malagradecida. Beto se quedó mientras Don Mateo firmaba los libros, y le hacía pregunta tras pregunta. Mostraba su genuino interés por su acercamiento literario y su conocimiento del tema. Siendo Don Mateo un profesor de leyes en la universidad en la que trabajaba, hubieron muchos alumnos que pasaron por su salón de clases. Pero éste muchacho dejaba una impresión más grande que todos ellos. Parecía que al demostrar su interés, Beto provocaba

más interés en su persona. Una señora en la firma de libros le pidió a aquellos que no formaran parte de las amistades del autor, y que ya hayan tenido su libro firmado, que por favor se retiraran de la sala de conferencias, ya que tenían que empezar a desalojar. Beto, inmerso en la charla, sintió cierta vergüenza, y se levantó para retirarse. ¿Adónde vas? Le pregunto Don Mateo. Beto hizo un gesto mudo de retirase, a lo que el profesor le respondió con un gesto de no, y una mano pidiendo que no solo se quede, si no que se acerque. Lo terminó invitando a cenar a su casa. El muchacho se notaba nervioso. Don Mateo preparó el té y pidió a su señora esposa, Doña Luci, que calentara un plato de lentejas para el muchacho también. Don Mateo notó que Beto notó el vestido azul de Doña Luci. Conversaron casi toda la noche. Para cuando Claudio llegó a la casa, ya sabían que Beto fue expulsado de la suya, que era hijo de un abogado y una ingeniera, que no había terminado de estudiar la carrera, que era brillantemente letrado en muchísimas áreas de la literatura, que las matemáticas se le daban excelente, que tenía una facilidad para la articular oraciones, así como para citar a grandes autores y contar excelentes anécdotas. Era como si toda la casa brillara con la compañía de ese muchacho. Lo cierto es que todos admiraban algo de Beto en esa casa. Lo recibían con un amor que nunca sintió en su propio hogar. Por eso su fallecimiento fue tan doloroso para ellos. Por eso el nombre de Beto era sagrado. Porque era una presencia tan grata en ese hogar. Era como el hijo que nunca había tenido, y que hacía mucha falta. Incluso, esa misma velada, después de que todos se retiraran a dormir, Don Mateo se quedó con Beto varias horas más charlando. No solo de grandes autores. No solo de temas filosóficos extensos. No solo sobre la vida misma. Si no sobre él. Quería saber de donde venía, pero más que eso, hacia donde se dirigía. Que es lo que aspiraba. Se daba una idea, que probablemente fuera a escribir de una forma u otra. Solamente no se esperaba que fuera a través de la comedia. Es lo que le daba vergüenza admitir. El periodismo y la opinión no se le daba nada mal. Sabía que tenía para ser un buen periodista. Pero sabía que en la comedia había algo que lo inspiraba. Después de conocer la comedia de Polo Polo, y descubrir que era el Stand-up, Beto veía un potencial enorme en el medio. Una forma tan bella de expresarse. Una manera tan interesante de contar historias y transmitir ideas. Él quería hacer lo que nadie había hecho en ese entonces. Hacer algo con mucha más substancia. Con mucha más profundidad. Algo más intelectual que sólo cómico. Algo bello. Algo verdaderamente bello. Beto le mostró alguno de los monólogos que había escrito en su extenso y desgastado cuaderno. Jamás Claudio vio antes reír a su padre de tal forma, o incluso después. La primera vez que vio a Beto recitar uno de sus -ahora famosos- monólogos, no solo le causó que se vaciara de risa, si no que vio a su padre reírse de una manera especial. Genuina. Esa sensación no la volvería a conocer hasta años más tarde, al descubrir a su novia de mucho tiempo poniéndole los cuernos con su mejor amigo. Pero no lo hizo enojar. Prefirió enterrar y suprimir esa sensación. Prefirió transformar esos celos en admiración. En agradecimiento. Algo que no sabía como hacerlo para su propia hermana. Agradecer de que hiciera reír de una forma tan bella a su padre. Algo de lo cuál él mismo no se sentía capaz. Muy seguido, Don Mateo terminaba en llanto después de tanta risa. Ambos llegaron a un entendimiento silencioso, que Beto no quería dormir escondido en una bodega otra vez esa noche, y que Don Mateo no podía dejarlo quedarse en la casa. No por ahora, por lo menos. Le dio dinero para que se quedara en un hotel, lo cual no era muy barato, pero no podía dejar que se fuera sin más. Le pidió que regresara mañana, temprano. Desde ese día iba a ser su joven secretario. Trabajaría para él y poco a poco empezaría a ser miembro de la familia. Pero le pidió que dejara su cuaderno. Para que tuviera un motivo de regresar. Don Mateo casi no durmió esa noche. Se la pasó leyendo monólogo tras monólogo. Así como notas y anotaciones. mientras más leía, más tarde se hacía. Pero una parte de él sabía que la vida de ambos iba a cambiar desde ese momento. Solo no sabía hasta que punto.

Por eso esta carta es letal. Por eso estas fotos no las puede ver nadie. Y siempre fue así. Tiene alrededor de un año que él falleció, y la carta que Mónica sostiene en su mano fue escrita y enviada alrededor de esas fechas. Era solo para sus ojos, y sabía exactamente porque. Pero lo reprimía. Se esforzaba tanto en reprimir tanto en su vida. Por eso se la pasaba tan putas enojada. Tan emperrada. Por eso se peleaba con todo y todos. Porque por debajo había una tristeza enorme. Por eso su padre la empezó a llevar a terapia. Y ella se negaba. Al principio luchaba para no cooperar en nada. Pero el psicólogo era bueno. El maldito era muy bueno. Y Mónica necesitaba a alguien para poder quejarse de todo. Y se quejaba con su padre, pero ya habían cosas -muchas cosas- de las cuales no podría decirle a su papá. Aparte de que la pérdida de Beto estaba cañona. Don Mateo también insistió en llevar a Claudio, pero él era demasiado orgulloso para eso.

¿Claudio?

No respondía.

Volvió a preguntar, ¿Claudio? Sabiendo ahora que la escucharía.

¿Qué? Balbuceó. ¿Qué quieres?

Necesito que veas algo.

Pausa. No parecía que tenía intención de dar giro al sillón rotatorio. La tele estaba en comerciales, era apropiado.

Mónica dio unos pasos y se acercó al lado derecho de donde se sentaba su hermano. Carta en mano. Inhaló una lágrima escurrida.

Claudio volteó a verla, con cara de ¿Para qué me molestas? Ella extendía la carta, como sugiriendo que la leyera.

Otra pausa.

Él agarra la carta. Empieza a leerla. No entiende qué es lo que está viendo exactamente. No estaba del todo seguro como leer la carta, ni por donde empezar exactamente. Empieza a pasar la mirada por las primeras letras. Alrededor del tercer párrafo, empieza a entender. Conecta con la caligrafía de Beto. Ya se había hecho familiar a ella. Nota que hay una fotografía polaroid engrapada en la espalda, haciendo peso que desbalancea la carta al agarrarla. Sin terminar de leerla, le da vuelta a la carta, y mira la fotografía. Es el cuerpo desnudo de un varón, Beto, apuntando la cámara hacia sí mismo, tomada de la barbilla para abajo, sentado en un sofá. No tiene nada puesto. La tesis es un pene erecto que produce una reacción no muy placentera al ser examinada. Pero no es solo eso. Hay algo aquí. Hay algo grave. Una parte de Claudio sabe que esto no es algo ligero. Y que su hermana se lo muestra por un motivo. Él no muestra reacción. Termina de leer la carta. Siempre tuyo, firma, Alberto Vargas. La carta tenía una cierta tensión. Como un aroma pegajoso que contaminaba el ambiente. Y él podía sentirlo. La atención que la carta le demandaba le quitó los ojos del programa que miraba. Apenas y volteaba a verlo.

Claudio volteó a ver a su hermana, quien ahora lloraba quedito. Le hizo una mueca de extraños forzada.

¿Y luego?

Mónica se quedó fría. No esperaba esa clase de respuesta.

Pausa tensa.

Antes que ella pudiera terminar de pensar como articular una respuesta, Claudio siguió hablando

Ya sabía que ustedes dos cogían.

Mónica frunció el seño y alzó su mirada ofendida, parecía que quería decir algo.

Antes de que pudiera pronunciar palabra,

Uy, que. ¿Ahora me lo vienes a presumir a la cara? Pinche descarada. Si mi papá supiera lo pinche putita que eres. Zorropienta. Eres peor de lo de dicen que ti, la neta. Me cae de a

madres. Eres una pinche asquerosa. Quien sabe con más habrás hecho de tus cochinas. Por supuesto que te lo tenías que coger a él. ¿Y si se lo digo a papá? A ver que piensa de su princesita ahora. ¿Por qué no le enseñas la foto? De seguro tú también le mandabas fotos cuando andaba de tour.

Eres un pinche estúpido, pendejo, sínico.

Ay, ajá. Cabrón. Ahora hazte la disque santita. Si bien que yo los vi, culera. ¿Y ahora qué quieres? ¿Me vas a decir que lo amabas? ¿Qué lo extrañas y querías que te embarazara? Pinche puerca.

¿No? Dijo ella con lágrimas, con ofensa y dolor.

¿Tonces'? ¿Qué chingados quieres? Pendeja.

Tal vez quiero que mi puto hermano se ponga de mi lado y me apoye con un pedo como este, cabrón.

¿Cuál pedo? Dijo Claudio, con la entonación justa de alguien que se lo tenía bien guardado.

¿Cuál se supone que es tu pinche pedo? ¿Cuál es el motivo de la pinche lástima que se supone que ahora debo de sentir por ti? Siempre quieres eso. Eres una maldita egoísta. A ti te pueden dar todo en esta puta vida y aun así vas a buscar como dar lástima. Ay, pobrecita.

Véanla, como sufre. Como se la carga la verga. Tú todo tienes, todo quieres. A mí que chingados me importa que anduvieran cogiendo, si ya está muerto el cabrón.

¡No anduvimos cogiendo, pendejo!

¿Y qué es eso? ¿Y- y que se supone que vi yo esa vez en el baño? Cabrón. Pendeja. Quieres que me haga pendejo yo también, como el estúpido de mi papá, y como todo el pendejo puto mundo de que eres una puta zorra de mierda.

Mónica le soltó una cachetada a su hermano, rasguñándole la mejilla derecha y la apertura del ojo.

Hija de toda tu perra madre.

Claudio la empuja al sillón que está detrás de ella. Ella lo agarra de las muñecas mientras él la intenta agredir. Se patean mutuamente, pero las patadas de Claudio le duelen más. Se escucha que abren la reja que da para la calle. Ella le susurra entre dientes, casi rogándole, ya, pendejo, ya párale cabrón.

Claudio consigue zafar una de sus manos del agarre de sus hermana, comenzó a pegarle reiteradas veces arriba de la cabeza con la palma abierta. Fuerte, muy fuerte. El sonido retumbaba en el cráneo de Mónica como si estuviera dentro de un tambor.

Se escucha que Don Mateo se da cuenta de que están peleando, y se apresura a la puerta de madera para abrirla. Es el primero en entrar.

¡Ahhh, que bonito! ¿Qué chingado se supone que están haciendo?

Claudio se levanta de inmediato, empujando las manos que su hermana agresivamente.

¿Por qué chingados se están pegando?

La madre de ambos lleva al hermanito menor sigilosamente a las escaleras.

Pues la puta de tu hija, dice Claudio, ahora con lágrimas de rabia alterando su voz.

¿¡Qué!? Responde Don Mateo, colérico ante el insulto de su hijo.

Las lágrimas de Mónica nunca cesaron de brotar, pero ahora está sumergida en un llanto que no la deja hablar.

Don Mateo está preocupado, enojado, asustado, encabronado.

Papá, le dice Mónica, como pidiendo disculpas. La carta está en el suelo, ahora con una marca de pisada de la suela de Claudio, y algo dañado el papel. Ella lo señala.

Don Mateo no entiende, voltea a ver a su hijo, como esperando respuesta. Pero él no puede dársela. Ni aunque quisiera molestar y joder a su hermana, hasta cierto punto, dimensiona la gravedad de esa carta.

La recoge del suelo. Se pone a leerla. Está confundido. No se consigue leer otra emoción en su rostro más allá que esa.

Lee rápido. Lee la firma varias veces. Lee la dedicatoria varias veces. Mira la fotografía.

Vuelve a leer la carta. ¿Qué es esto, Mónica?

Ahora ella llora más profusa, Papá, le repite, como quien ruega perdón.

Claudio ahora llora quedito.

Yo no sabía, continuó ella. Yo no quería que se alocara. Al principio solo era un jueguito. Si sabía que lo que estábamos haciendo estaba mal, pero no creí que se le iba a subir tanto. Yo ya no quería, pero el estaba duro y dale con lo mismo.

Claudio la escuchaba, y la miraba sentado en el suelo. Odio. Repudio.

Don Mateo la miraba de pie. Preocupación. Horror. Miedo.

Se podían notar las piezas conectándose en la cabeza de Don Mateo.

Mónica.

Perdóname, papá.

Él se empezó a agachar para sostener a su hija entre brazos. Ella sollozó en su hombro.

Don Mateo todavía no sabía que pensar, estaba en shock, pero sí sabía que su hija lo necesitaba.

Ahí estaban ellos dos. Padre e hija abrazados. Don Mateo dándole la espalda a Claudio. La carta, ahora nuevamente en el suelo.

Mónica podía ver a su hermano, entre sollozos. Pero no le gustaba la manera en la que lo veía, así que volteaba a ver a otro lado.

Claudio también volteaba a ver a otro lado. Y lo único que atinaba a pensar fue en esa noche.

Era de madrugada, y se paró al baño de la cocina. Aprovechó para servirse otro vaso de agua.

Le gustaba no prender las luces y andar en calcetines, jugando al sigilo consigo mismo.

Subiendo las escaleras, notaba que una luz estaba encendida. Subía poco a poco. Sigiloso, con la esperanza de que Beto -ahora residente de esa familia- fuera el que estuviera en el baño, para compartir una conversación y unas risas antes de volver a la cama.

Y si lo era.

También Mónica estaba allí. Y estaban gimiendo, queditos. Se escuchaban su respiración agitada de ambos. A Claudio se le empezó a acelerar el corazón. Cuando se dio cuenta de lo que estaban haciendo se erectó. Su respiración también se aceleraba. Había tensión en el ambiente, suspenso. Tenía miedo de que lo escucharan, tenía miedo de que alguien más bajara las escaleras, y tenía otro miedo que no supo describir ni entender en ese momento.

Apenas, y contorsionando su perspectiva forzada, podía verlos a ellos dos sin que se dieran cuenta, sin necesidad de empujar la puerta todavía más. Por unos breves segundos, podía notar la espalda y el cabello castaño claro de Beto, fornicando con su desnuda hermana, acostada en la bañera. Se escuchaba el rechinado de sus pieles resbalando en el plástico de la bañera de vez en cuando. Claudio veía la cara de excitación de su hermana, pero sobre todo, veía sus pechos. No podía parar de verlos. Sin darse cuenta, humedecía sus labios con la lengua al verlos. Observaba el ir y venir de su pezón izquierdo, y todo el rebote de su seno mientras Beto la fornicaba. Una parte de él sentía repudio. Otra parte de él se sentía como un maldito pendejo. Pero estaba tan excitado. Sobre todo del cuerpo de su propia hermana. A pesar de que no podía parar de ver el espectáculo, también volteaba a ver las escaleras, porque peor de que lo cacharan ellos dos, sería que lo(s) cache su padre. Sabía que estaba mal. Y no podía parar de verla. De verlos. Sus dedos constantemente acariciando la punta de su pene a través del short. Sus cachetes estaban rojos. Su lengua saliendo y acariciando sus propios labios. Bien podía venirse ahí, en ese preciso momento, estando de pie.

Mónica y Beto se detienen a susurrar algo, y se besan.

Claudio sale del transe. Respira hondo, intentando guardar silencio. Prefiere retirarse antes de que algo salga mal para él. Sigiloso, se retira a su habitación. Estando en su cama, agarra un poco de papel del rollo escondido, y procede a masturbarse. Esa noche eyaculó con un placer que nunca se imaginó sentir antes.

Todavía se erectaba al recordarlo.

Claudio sonreía, pero no de una manera contenta. Si no como diciendo en sus adentros, claro, por supuesto, pendejo yo por haberme esperado algo más.

Hijo de tu puta madre, susurró casi para si mismo. Sabiendo que ninguno de los dos lo escucharía a través del llanto de su hermana.

Lo cierto es que ni sabía hacia quién se lo decía. Si a Beto, a su padre, o a él mismo. Porque no iba para Mónica.

Claro, dijo por fin Claudio mientras se levantaba del suelo, a huevo tenías que ir a consolar a la pinche perra esa, ¿No?

Don Mateo lo volteó a ver, como si mirara a un alienígena.

¿Eso es lo que querías, no? Que se pusiera de tu lado. Nada más para eso sirves. Dar lástima. Y ahí vas tú, como pendejo detrás de ella.

Don Mateo se levanta del suelo, igualmente, observando a los ojos a su hijo.

Claudio siente el calor de sus lágrimas rábicas recorriendo sus mejillas. Sabe que fue lo que dijo. Sabe por qué lo dijo. Sabe que ya no hay vuelta atrás.

¿Y tú que traes? Pregunta Don Mateo, como quien pregunta confundido el diagnóstico a un objeto que empezó a funcionar muy mal.

Se sostuvieron la mirada. Mónica los veía a ellos dos desde el suelo, aún llorando, pero confundida de qué es lo que estaba por pasar.

Todo lo que estaba por pasar.

Había una sensación en la boca del estómago que no lo dejaba dormir tranquilo esa noche. Esa madrugada. Una sensación demasiado lejana aún como para saber qué era todavía. Pero se sentía inquieto. Don Mateo era un señor que trabajaba demasiado como para permitirse dormir mal. Y simplemente no podía dormir. No podía dejar de pensar. Pensaba una y otra vez en la pregunta que le hizo Beto esa vez. La primera vez. Lo primero que escuchó decir de él. Una pregunta sobre las mujeres. Un estudiante preguntaba sobre sus compañeras. No era algo que se veía seguido. Le hizo completo sentido, y de hecho sonrió cuando notó a su hija acercarse al asiento de Beto. Admiraba mucho el nivel de empatía que tenía Beto hacia las mujeres. Le hacía sonreír ver a su hija platicar con ese ilustre muchacho, notar lo maravillada que ella estaba al sentirse tan escuchada por alguien como él. Podía ver como a Mónica le brillaban los ojos de verlo hablar sobre feminismo de una forma tan inteligente y articulada. ¿Por qué? ¿Cómo era posible que un muchacho tan inteligente y empático fuera capaz de tener relaciones con una menor? ¿Cómo era posible que el no viera un problema con eso? ¿Por qué él? La sensación en la boca del estómago se acercaba poco a poco. Desconocimiento.

Esa noche Don Mateo subió a abrir el baúl de Beto.

Para cuando ella llegó, Mónica ya estaba lista para retirarse. No le sorprendería que a la mera hora la dejara plantada en el café. Decidió confiarle 40 minutos después de la hora acordada, a pesar de que ella tenía que forrar los libros de sus hijos esa misma noche. Por lo menos los uniformes los dejó planchados antes de irse. Esa tarde, su hijo menor, quien estaba por entrar a su ultimo año de primaria, empezó a cantar una canción de lluvia que le enseñaron en la escuela. Lo llevó a recordar aquella canción que cantaban en casa cada que se aproximaba la lluvia. Parece que va a llover. Y ahí Claudio le respondía. El cielo se está nublando. Y es ahí

donde los demás respondían, Parece que va a llover, ay mamá, me estoy mojando. Ella solo pronunció las primeras palabras de la canción. De inmediato se quedó callada. Si seguía se iba a soltar a llorar. No le gustaba hacerlo frente a sus hijos. Solo se quedó callada y continuó planchando. El marido de Mónica, Roberto, se acercó a mencionarle algo. Al notarla sensible, la abrazó desde la cadera y le besó el cachete. Sin decir nada, ella solo movió la cabeza, si, y continuó en silencio. Minutos después fue al baño, y mientras orinaba, empezó a llorar quedita. Eso la llevó a revisar su teléfono. A concordar una hora. Ya tenía el contacto, solo hacía falta eso. La notó incómoda a la mujer al entrar al café. Se nota que le ponía muy nerviosa la reunión. No era la única. Le pidió que se sentara, y un mesero se acercó de inmediato a ofrecerle una carta. Mónica le sonrió al mesero sin decir palabra.

¿Te costó trabajo encontrar el lugar?

Pero ella no respondió. Mónica no lo tomó a mal. Se notaba nerviosa. La señora se volteó a ver al muchacho y le pidió un café negro en voz baja.

Tengo que levantarme temprano mañana para trabajar, dijo por fin ella.

En lugar de discutir, Mónica simplemente hizo una mueca incómoda y movió la cabeza, entiendo.

Se hizo un silencio. Tensión.

Después de un momento, Me imagino que te haces una idea de por qué quise que habláramos.

La señora se rascaba la parte de atrás de su cabeza, exhaló desgastada como diciendo, aquí vamos.

Otro silencio incómodo. Mónica pensó, como quien piensa en cómo descifrar un complejo problema matemático.

Supe que llevas ya 15 años sobria, dijo Mónica.

Llegó el mesero con su café. Sin esperar a que se enfriara, ella vació un sobre de estevia, le dio un par de vueltas y se lo llevó a la boca. Después de un buen trago, bajó la taza y se limpió la comisura de la boca. Si, ya sé por qué estamos aquí. Si. Sé quién eres. Y creo que sé por qué me buscas.

Mónica no respondió.

Pero puedo asegurarte de que no hay nada de que preocuparse, continuó ella. Yo ya no tengo intención de volver a hablar nunca más del tema.

Se hizo un silencio. Mónica perdió la mirada en el suelo, y luego suspiró.

No es eso, respondió ella después de pensarlo. La señora volteó a verla. Mónica tomó aire, Está este proyecto. Es una obra de teatro. La esta produciendo una compañía importante, y la está dirigiendo este muchacho, Gerardo. Es muy talentoso. De eso sí es lo que trata la obra. De él. De Beto. Pero no solo de él. No solo lo que ya sabemos de él, o lo que se recuerda de él. También se trata de algo más. Este muchacho que te digo, Gerardo... Es muy talentoso. Es joven, y muy ambicioso. Llegó un día conmigo para hablar. Por algún motivo, por alguien, quiso saber más a profundidad sobre Beto. Me hizo preguntas que me sugerían que quería saber algo más. Que era consiente, hasta cierto punto, de lo que había pasado. ¿Cómo? No lo sé. Pero los que conocían a Beto sabían de mi y de mi familia. Sabían que algo había pasado desde su muerte. Que había algo muy extraño. Ya pasaron muchos años. Y de hecho ya van a ser 30 años de que se murió. ¿Puedes creerlo? Cómo pasa el maldito tiempo, carajo... Pero el muchacho es muy inteligente y ambicioso. Yo no conocía sobre su trabajo. Y de hecho empezó a hacer este proyecto después de que muchas cosas le salieron mal. Antes de eso, dirigía películas y capítulos para series, pero terminó quemando muchos puentes dentro de su industria. Quiere hacer este porque le gusta hacer esta clase de cosas.

Disruptivas. Pero el canijo es bueno. El maldito es muy bueno. No sé como llegamos a ese tema, pero algo que dijo se quedó conmigo. El muchacho se volvió padre muy joven. Por eso empezó a hacer cosas que no le gustaban tanto para poder alimentar a su familia. Pero el ver

crecer a sus hijos, me dice que lo inspiró a más. A volver al joven dramaturgo, escritor, poeta que era desde chavo. Querer dejarle algo a nuestros chamacos, me dijo. Y eso me dejó pensando. Yo también soy madre. Ahí tengo a mi niña y mi nene hermoso. Cada vez se hacen más grandes. Y me da tanto miedo no ser- Disculpa. Si, está bien. Lo siento.

Inhaló profundamente, prosiguió,

A veces me gusta pensar que los consejos son baratos. Es lo que me solía decir mi señor padre, que en paz descanse. No hay nada más barato en este mundo que un consejo. Todos te pueden dar un consejo de que hacer. Hasta tú te puedes dar a ti misma un consejo. Lo difícil esta en seguirlo. Lo difícil es en poner el ejemplo. De nada sirve ser bueno dando consejos si no lo ejemplificas. Y mi padre era muy bueno en eso. Mucho mejor de lo que yo soy, eso tenlo por seguro. Yo no soy ni la mitad de buena de lo que mi padre era para seguir mis propios consejos, o para poner el ejemplo. Pero pienso en mi Abrilita. La veo ahí. Y con cada año que pasa se va haciendo más de la edad que yo fui cuando lo conocí. Yo no lo hago por rencor. A mi no me importa la memoria de Beto. Él ya está muerto como para que me importe. Es mi niña la que me preocupa. Me preocupa que llegue a la pubertad. Me preocupa que pase por lo que yo pasé. Me preocupa que le hagan lo que a mi me hicieron. Pero más que eso, me preocupa no ser lo suficiente para ella. No poderla acompañar cuando las cosas se pongan difíciles. Aún si a ella le va bien. Aún si ella no pasa por lo que pasé. Desde que mi padre falleció llevo un hueco en el corazón que nada me lo va a llenar. Y al mismo tiempo mis hijos me llenan de una forma que nunca había sentido antes. Como que mi vida no tiene otro propósito más que ese. Y quiero que sepa, porque sabrá del tema tarde o temprano. Se lo diga yo o no, se enterará. Se lo dirá alguien. Y prefiero que sea yo quien se lo diga. Y aunque me duela tanto, prefiero que mi niña, mi Abrilita sepa que yo estoy aquí para ella. Para cada vez que me necesite. Voy a colaborar con todo lo que me pida Gerardo. Ya lo he hecho, y creo que todavía no termina de escribir el guion final. Pero los tratamientos que me ha dado a leer, déjame decirte... Lo más probable es que me invite a participar en la grabación de la obra. Supo como darle plataforma a su proyecto. Lo cierto es que ya nos están contactando de ambos lados. Tanto de noticieros que se están peleando por tener la exclusiva, como la familia de Beto que amenaza con demandar. La verdad se va a poner muy complicado. Y lo vamos a hacer contigo o sin ti. Va a llegar un punto en el que te vamos a mencionar, solo queremos saber si lo hacemos con tu nombre y rostro, o no.

La señora miraba a Mónica con intriga y cierto desconcierto. Respiraba un poco agitada.

Afuera empezaba a nublarse. Ella miró su reloj.

Tengo que irme, dijo.

Mónica exhaló lentamente, decepcionada. La señora se levantó, dejó un billete y unos pesos en la mesa, agarró su abrigo y se dio la vuelta. Antes de dar un paso, se detuvo a mirar a Mónica. Después de un silencio le dijo ¿Me acompañas a llegar a la estación?

Mónica volteó a observarla.

Ambas salieron del café. Mónica empezó a desdoblar su paraguas para detener las cada vez más crecientes gotas de lluvia. La señora, mientras tanto, sacaba una cajetilla de cigarros y se llevó uno a la boca. Le ofreció a Mónica. No gracias, no fumo. Después sacó un encendedor y empezó a intentar encenderlo. Le temblaban demasiado las manos.

Permíteme, y tomó el cigarro de sus labios para ponerlo en los suyos. Agarró el encendedor mientras a la mujer le ofreció sostener el paraguas, y encendió la mecha. Le devolvió el cigarro encendido, y tomó de vuelta el paraguas. Las dos empezaron a caminar calle abajo lentamente. La lluvia cada vez se volvía más ensordecedora.

Después de un rato de silencio ruidoso, te recomiendo que no lo hagas.

Mónica no respondió.

¿Me escuchaste?

Si. ¿Por qué? preguntó mientras miraba el suelo mojarse.

Se tomó un segundo en responder. No vale la pena, hija. Yo se que sabes como estuvo el pleito. Yo se que te haces una idea de como me fue en la feria, pero de lo que te hagas una idea, me fue peor. Fue bastante peor. Y no vale la pena repetirlo. No mereces pasar por lo mismo, hija. Tú cuida a tus muchachos. Tú haz lo tuyo. Sigue con tu vida. Deja esos temas en el pasado. Yo no quiero volver a pensar en ese muchacho. Y si sale en la tele eso que me estás contando, lo más probable es que no lo vea. No sabes el esfuerzo que me costó llegar hasta acá. No sabes lo difícil y cara que sale la paz. Por eso déjalo así. Por la paz. Los tiempo han cambiado. Ya las niñas no se dejan. A veces veo lo que hacen esas revoltosas en el ángel, y lo cierto es que me da rabia. Pero también me gusta pensar que ya no se dejan. Quiero creer que a tu niña le va a ir mejor. Y si hay un muchacho como ese Beto otra vez, que pues algo si le va a pasar. Pero a nosotras ya no nos tocó eso. A mí ya no me tocó eso. Es como querer echarle la contraria a San Benito. Y quienes somos nosotras para tirarle a San Benito. Hazme caso. Déjalo por la paz. Estás mejor así. Todo esto es muy doloroso y pesado. Ay, hija. Yo te veo y ya te noto bien estresada. Y eso que todavía estas joven. Ahórrate estos agobios, en serio. No te lo mereces. Sólo piensa en algo más. En tus hijos, te digo. Déjalo ir. Hay más cosas que valen la pena. Y que Dios te bendiga.

Estaban de pie afuera de la entrada del metro. Mónica se veía conflictuada, sin saber que decir.

La señora la abrazó. Después se dio la vuelta y se marchó.

El frío. El frío en una ciudad tan caliente. El sepelio ya había terminado desde hace unas horas. Mónica se sentía alegre de que su hija por fin haya conocido a las hijas de Claudio. Y se llevaban bien entre todos. No le molestaba que jugaran y rieran juntas. No quería contagiarlas con su dolor. No culpaba a sus hijos por no llorar por su abuela. Ya estaba muy delicada cuando ellos la conocieron. Le tomó unos años aún para alcanzar a Don Beto. Ahora estaba sentada en el porche de la casa de su tía. Aún no terminaba de oscurecer. Pero las nubes ya pedían que se prendieran las luces. Todavía no sentía tristeza como tal por la pérdida. No se sentía bien, por supuesto. Pero las lágrimas simplemente no le brotaban. Sentía el pecho pesado, eso sí. Pensaba en que necesitaba volver a terapia, pero ¿Con qué tiempo? Escuchaba que Claudio le hablaba juguetón a las niñas. Se acercaba. La respiración de Mónica se agitaba. No habían compartido palabra en el funeral de Don Mateo. Tenía años que no lo hacían. Y cómo se hacían falta.

¿Cómo estás? Fue lo primero que le dijo.

Ella se volteó a verlo. No atinó a decir palabra, solo encogió los hombros.

Claudio sacó una cajetilla de cigarros. Le ofreció uno a ella.

Ya no fumo, dijo, mientras agarraba uno y se lo ponía en la boca. Gracias.

Un silencio. Los dos fumando.

Tu niña juega muy pesado con las mías.

Mónica volteó a verlo, confundida. Como intentando descifrar si lo estaba diciendo en serio o no.

¿Cómo se llama? Tu nena.

Todavía frunciendo el ceño, Abril. Se llama Abril.

Abril. Es más grande que ellas dos. Y está más alta. Por no decir más gordita también. Se lleva pesado.

Son niñas.

No quiero que las vaya a lastimar.

¿Ellas se quejaron contigo?

No me estoy esperando a que las termine de lastimar.

Mónica inhaló hondo, exhaló. Era como platicar con un padre de familia que nunca había visto en su vida, no su hermano.

Después de un rato, ¿Y qué es esto que estoy escuchando de una obra de teatro?

Mónica no le responde, solo voltea a verlo.

¿A qué horas se te ocurrió que ibas a venir a hablar conmigo al respecto?

Ahora si, se escuchaba como su hermano.

¿A ti qué tengo que pedirte permiso? No entiendo.

Claudio se rio, ofendido.

Se ve que tu nunca cambias. Neta, neta me sorprendes. Yo pensaría que ya estarías grande.

Yo pensaría que ser madre ya te habría cambiado. Nomás te esperaste a que se muriera papá. Porque sabrías que papá no estaría de acuerdo con esto.

La respiración de Mónica se profundizaba. Todavía no le calaban, pero sabía que esas palabras le iban a hacer un fuerte daño.

Tú ni sabes qué es lo que querría papá.

Ay, ¿Y tú si? No nada más por que eras su niña consentida significa que lo conocías mejor que nosotros.

Yo no era ninguna consentida. Obviamente su consentido iba a ser Jorgito. Siempre fue el más peque.

No metas a Jorge. Sabes que quería venir, no es su culpa.

Estás pero si bien pendejo.

¿Yo? ¿Tú a mi me vas a decir que estoy pendejo?

Si, tú, wey.

Se reía. Neta que me sorprendes. Más que sorprenderme, me decepcionas. Si mi papá siguiera vivo. Si te viera ahorita mismo lo que haces y dices. Yo lo amé mucho a mi papá. En paz descanse. Lo amé y amo demasiado aún. Y su pedo es que te amó demasiado a ti. Que te creyó demasiado a ti. Siempre fuiste su kriptonita. Fuiste su pinche talón de Aquiles.

Terminaste siendo su pinche ruina, cabrón.

Mónica lo miró a los ojos. Se levantó. No se decían nada. Solo había tensión. Las niñas se volteaban a verlos, dejando de jugar. Ella se acercó a cerrar la puerta para que no los escucharan.

Silencio. Claudio tenía una vergüenza en el paladar, de la cual no admitiría.

Ella se acerca a Claudio. ¿Y quién chingados para ti era Beto, como para que lo quieras defender tanto a ese cabrón? Ni siquiera era nuestra familia. Ni era nuestra sangre, cabrón.

Nada tenía que ver con nosotros, pero preferías ponerte del lado de él en vez de tu puta familia. ¿Eso se te hace racional? ¿Se te hace correcto hacer eso? ¿Ese es el ejemplo que le quieres poner a tus hijas? ¿Qué le den la espalda a su puta familia?

A mi no me vengas a decir mamadas de dar la espalda. Tú no sabes nada de que te den la espalda. A ti nadie te dio la espalda nunca. Siempre tuviste todo lo que quisiste. Y cuando ya no te gustó, ibas y lo arruinabas. Te gustaba el Beto, y cuando ya te dejó de gustar, hiciste que mi papá dejara atrás a ese wey. A ese cabrón lo amaba. Mi papá lo amaba y lo sabes. Era nuestra familia aun si no compartiéramos sangre. El cabrón tenía su propia familia y lo abandonaron. Él vivió con nosotros, durmió con nosotros, viajó con nosotros. Y mi papá lo apoyó como un maldito. Porque quería verlo triunfar. Pero tú, por pendeja, lo querías arruinar todo. Y mi papá podría haber estado mucho mejor en sus últimos años, pero lo echaste a perder esos también. Él tenía todo el derecho del mundo de conservar las ganancias de Beto después que se murió, pero llegaste tú y de repente mi papá ya no quería ver ni un solo peso. Ya no quería oír ni una sola palabra de ese wey. Por ti, cabrón. Todo por ti. Por ser tan puto egoísta. Neta que eres lo peor que le pasó a mi papá. Papá murió pobre por tu culpa.

Silencio. Tensión. Ni el marido de una, ni la esposa del otro se entrometían en la conversación. Había una extraña sensación en el ambiente, como si ambos estuvieran esperando que Don Mateo llegara a regañarlos y detener su discusión.

Pero Mónica no se sentía ofendida. Solo que Claudio sí sentía vergüenza de lo que le dijo. Y ambos eran conscientes de esto.

No sabes, ¿Verdad?

Él la miraba, confundido.

Tú crees que lo hacía por mí. Que lo hizo por mí. Que ya no quería saber más sobre ese maldito pendejo por un caprichito mío. Pero nunca te enteraste, ¿Verdad?

Las palabras Maldito Pendejo le pegaban en los huevos a Claudio. Lo hacían querer madrearse a su hermana otra vez, pero esta vez ahora tendría que irse a los madrazos con el marido también.

Esa vez que me llegó la carta. Que la leíste tú y la leyó papá. Esa vez se subió a ver las cosas de Beto. Esto no me lo dijo hasta muchos años más tarde. Y se encontró fotos. Muchas fotos. Silencio. Claudio se sentía nervioso, el seño delataba su vulnerabilidad.

¿Fotos de quién?

Silencio.

¿Fotos tuyas?

Fotos mías, fotos de otras chavas, fotos de niñas, fotos de mujeres en falda. Casi todas dormidas. Casi todas sin que se dieran cuenta de que les tomó foto. No se cómo lo hacía el maldito, pero el perro bastardo encontraba forma de meterse a las camas de varias chavas, y tomarles fotos en ropa interior. Incluso les tomaba fotos a escondidas en el baño, mientras se bañaban, o mientras se arreglaban desnudas en el espejo. O, y ¿Claudio?

Él respiraba, nervioso. Moviéndole la cabeza y los hombros como preguntando, ¿Qué?

También le sacó fotos a mamá.

No perdía la compostura. Su mirada se veía aterrada, confundida. No sabía que hacer con eso. Tenía ganas de vomitar.

Mónica se dio la vuelta y volvió a sentarse en los escalones de la entrada.

A Claudio le temblaba la mano mientras se llevaba el cigarro de nuevo a la boca.

Mónica encendía de nuevo su cigarro que ya se había acabado.

No es cierto, dijo él mientras se sentaba a su lado.

Mónica simplemente rio, concentrada en su cigarro.

Silencio. Él procesaba todo en su cabeza. Lo peor, es que le hacía sentido.

¿Cuándo fue esto?

No sé. De seguro lo hacía desde antes que lo conociéramos. Pero las encontró esa vez.

No sabía como responder. ¿Y que les hizo a esas fotos?

Ahí siguen. Pero el baúl lo tiene guardado. No supe donde lo tenía hasta varios años después.

Con razón. Con razón. Yo quería guardar sus cosas. Yo estaba buscando y buscando sus fotos porque quería que las tuviéramos con el álbum familiar.

No tenía fotos de nadie. De nada. Solo las que tomaba de esas niñas. De niñas y señoras. Y si quieres verlas, están en el buró viejo, adentro del closet de mis papás. Hasta abajo. Si no me crees, búscalas. Ahí están.

Todavía no quería creerlo. Puta madre, se susurraba a sí mismo. Las lágrimas le empezaban a brotar. Puta madre, decía más fuerte. Se sentía rábico. Se pegó en la rodilla. Ella no lo volteaba a ver. No le hacía falta. Cada vez le costaba más trabajo contenerlo todo adentro.

Lloraba. Ahora sí lloraba. Y ella lloraba también, pero todavía no como él. Algo se rompía.

Mientras las lágrimas se le derramaban, ella lo miraba disimuladamente. Como con pena.

Como no queriendo que se de cuenta.

Puta madre, decía.

Silencio.

Eres una pendeja, dijo también.

Ella rio, con el cigarrón en la boca, con una cara como de ¿Es neta?

Todos son unos pendejos. Y más yo. Chingada madre.

Otro silencio.

¿Y qué vas a ganar con eso? ¿Ya para qué hacerlo? Ya se murió el pendejo. Ya se murió mi papá. Ya se murieron todos.

Si. Pero todavía estamos aquí nosotros. Y nuestras hijas acaban de llegar. Y estarán aquí por mucho tiempo, primeramente Dios.

Movía la cabeza mientras la escuchaba. Si, le hacía sentido, pero lo cierto es que aún así no estaba de acuerdo.

No quiero que lo hagas.

Una pausa. Lo sé, le dijo.

No estoy de acuerdo que lo hagas. Hablar mal de las personas que ya están muertas no está bien. Eso es cruel. Y estarías hablando mal de mi papá también. Estarías profanando su nombre. Porque a él lo recibió con los brazos abiertos.

Si. Sé que eso es lo que tú piensas. Por eso no te pregunté al respecto, ni te pedí permiso.

Él la miró con cierto asco. Ella lo miró, y ya.

Esas cosas no se hacen.

Pero se van a hacer.

Silencio. Él miraba el cielo. Ella lo miraba a él. Ambos con profundo dolor por quien sea que miraban.

Ya no había nada más que hacer. Ahora es cuando se necesitaban más que nunca. Ahora es cuando menos se tendrían.

Parece llover, dijo él.

...

Si, dijo ella.

Ninguno más valiente que el otro.

josé carlos gonzález l.

2025